

LAURA, EN ALEJANDRÍA

(escrita en 1979 y 1981)

ISIDORO VALCÁRCEL MEDINA



LAURA, EN ALEJANDRÍA

LAURA, EN ALEJANDRÍA

(escrita en 1979 y 1981)

ISIDORO VALCÁRCEL MEDINA



Autor: Isidoro Valcárcel Medina

Editor: José María Lafuente Llano

Diseño Gráfico: Xesús Vázquez

Composición de las páginas: Isidoro Valcárcel Medina

Revisión ortográfica: Antonia Castaño

© del texto: El autor, 2013

© de esta primera edición: Ediciones La Bahía, 2013
Pol. Ind. de Heras - P 304
39792 Heras (Cantabria), España
bahia@edicioneslabahia.com
www.edicioneslabahia.com
Tel.: +(34) 942 544 202

Imprime: Gráficas Calima

Depósito legal:
ISBN: 978-84-939191-9-1

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

1

UNO

—Una manera de actuar sería atender la llamada y fingir la voz. Fingir una equivocación, digamos. A la segunda, que habría de producirse más tarde o más temprano, no contestábamos.

—Es muy importante atender al clic que se oye cuando se hace una llamada desde fuera... Porque ha de hacerla desde allí, lo más seguro. *Pobre cultura técnica... o cultura técnica pobre.*

El diálogo se intercala con el razonamiento interior de cada uno. Las palabras son modos de aceptación de nuestra incertidumbre. *iHaber llegado hasta aquí para dar marcha atrás!*

—También se podría contestar, sin más... Y así veríamos cuáles eran sus intenciones.

—¿Contestar sin decir nada?

Es absurdo hablar de intenciones cuando él no está enterado; cuando él vive del amor y no usa las palabras, como nosotros. *Con sus significados formamos archivos de inquietud...* Cuando él no duda.

—El poco tiempo que ganaríamos no bastaría para encontrar solución.

—Pero yo digo... hablar como si nada.

—No puede ser.

Las ideas avanzan y retroceden por el mismo camino. *Surcos del hábito. Cómodos y manidos procesos de la mente.* A veces, una orientación nueva parece abrir perspectivas; pero, más adelante, se muestra ineficaz. No somos expertos en negocios de la vida. Ansias de fe y emociones que no comprendemos..., que nadie comprende. Y menos, los que las sienten, cegados de vitalidad.

—¿Y si uno fuera allí...,

La salida más fácil. Un cierto aire de elegido para el que fuera.

—... si inventara una obligación inesperada, un asunto que le ha hecho viajar? No es imposible... Y, estando allí, lo buscaría, claro. Personalmente las cosas son más fáciles.

Un barniz de persona responsable. Ante los ojos de ella, sería el confidente; podemos suponer una influencia en él por este hecho. Y entonces, en lugar de escapar, buscaríamos el puesto.

—Pero a él también le interesa no perder tiempo.

—Nadie creería en eso.

No imaginamos la sensación que acometerá todo su ser cuando, finalmente, lo sepa. El hombre está, a menudo, desligado de los otros hombres; sus componentes reaccionan como si fueran productos diferentes. *Nada transmisible; ni el ánimo ni la desgana.*

Somos el grupo marginado de un corazón que ahora se debate en el descuido satisfecho; el círculo desplazado de unos corazones que aceleran su ritmo a cada avance del deseo.

El tiempo, por otro lado, es relativo, ya se sabe. Y el espacio, por la misma razón. El tiempo juega en contra y el espacio a favor: suya y nuestro.

Hemos hecho un castillo con nosotros proclive al hundimiento, poco dado a sufrir.

—No llegamos a ninguna decisión.

—Es verdad. *Coño mil veces.*

Alguien que presume de conocerlo afirma..., duda, más bien, que se derrumbe, que no salga presto a la arena. En ese caso, aún deberíamos calibrar más el tiempo, adelantar la batalla; sorprender por la espalda a quien lanzó el dardo; demostrar que el grupo no se ha dividido durante el descanso; dar la vuelta por la retaguardia del ofensor.

Las pruebas de las heridas están, sin embargo, visibles: la desconfianza en la respuesta, la amistad oprimida y la resistencia relajada.

—Es posible que no se haya ido todavía.

—Apostaría por que sí. *Amigos fáciles del éxito.*

¡Qué sentido más aleatorio tiene el viaje que se discute! Estamos obligados a la espera y tememos la llegada. Y si aún no ha partido —tan cercano—, se reforzaría el arma de la sorpresa en su favor. Pero somos incapaces de dar el paso; deseamos que esté ya lejos; retrasar, tal vez sólo un instante, el reencuentro.

Antes de que uno de nosotros llegara, en cinco minutos de carrera, a su casa, puede la llamada suya estar aquí. *Y nuestra falta de estrategia, al descubierto. Y ya no está para echar a correr el encargado.* Entonces, también el espacio estaría en su contra. Lo que respalda nuestra indecisión es lo que descubre su defensa. Nuestro miedo no es sólo un asunto exterior, sino un recelo interno entre nosotros.

Necesitamos saltar despiadadamente sobre el afecto timorato; vencer el tiempo y el espacio que nos esperen —amplios o reducidos—. Contrarrestar temores con una decisión, aunque sea estéril.



—Veremos qué pasa.

La comisión asesora ha optado por la inacción —lo que él no hubiera hecho—. Cuando llegue la llamada, todos nos miraremos a la espera de esos arrestos que ninguno guarda.

Es apasionante prever la postura de cada uno en el momento; calcular la distancia al teléfono; analizar los paseos, las salidas por razones diversas: al estudio, al lavabo, a la cocina. *Dar la composición de esta cobardía colectiva.* Los que hemos adelantado la efímera salida nos incapacitamos para repetirla y cada instante es más peligroso. Por otro lado, nadie puede calcular con garantía hasta dónde conviene retrasar la utilización del recurso personal e inconfesable.

—Yo pienso que debes hablar tú. Después de todo, eres el que lo conoce

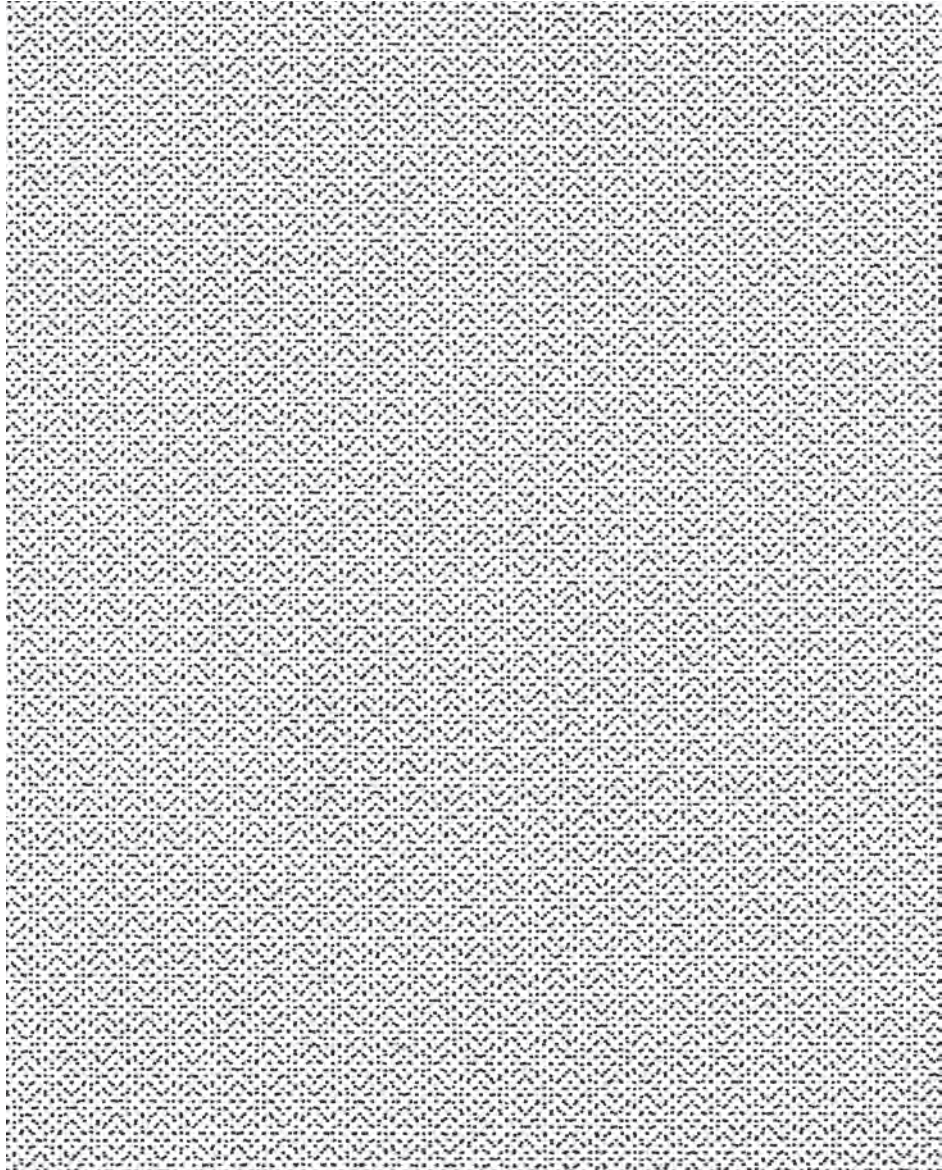
hace más tiempo.

—Ésa es una razón de circunstancias.

Al fin y al cabo, esperar. Ya que estamos como estamos, esperamos. Desde luego, lo nuestro no es hacer rimas. Alguna oficiosidad, si acaso.

Como un desván de ideas; un almacén de desguaces; y nosotros, sus empleados funcionarios. *Malhadada fortuna del mundo.*

Por lo pronto, la brevedad del pensamiento; lo que nos atenaza desde ayer.



—Otra manera de actuar sería atender la llamada y fingir la voz. Fingir una equivocación, digamos. Seguro que insistía otra vez...; y en ese caso, ya no contestábamos.

—Es muy importante escuchar por si se oye el clic que hace el teléfono cuando se llama desde fuera... Porque ya no estará aquí; es lo más seguro.

El diálogo es un espejismo de nuestro razonamiento interior. Es como la luz de alarma de nuestra incertidumbre. *iDepender de los demás!*

—También podríamos contestar para saber cómo reacciona y lo que piensa.

—Sin saber nada... ¿Cómo va a reaccionar? De ninguna manera.

Desde luego es idiota hablar de intenciones cuando él está ausente de la realidad, itan lejos de nosotros! Así no puede equivocarse nadie; por eso él no duda, no tiene los elementos necesarios para dudar.

—Unos minutos nada más...

—No. Se trataría de hablar como si nada...

—Ya te entendemos, pero eso es ridículo. ¡Como si no supiéramos lo que pasa!

Las ideas se cruzan con la voluntad; y nuestra voluntad es la más solitaria del mundo: la que no ha actuado nunca. Nos morimos de ganas de volver al silencio. *Atados de pies y manos*. Habíamos creído..., como siempre.

—¿Y si uno fuera allí? Aunque él no se deja sorprender, le extrañaría tanto... que el que fuera tendría la mitad de la batalla ganada.

¿Qué batalla es esa que ganaríamos? No la nuestra, está bien claro. Ahora, eso sí: *Un cierto aire de elegido para el que fuera*.

—... Si inventara una obligación inesperada, un asunto que le ha hecho viajar... No es imposible... Y estando allí, en persona, sería más fácil decirlo.

Un barniz de persona responsable ante los ojos de ella. Algo que él apreciaría de igual modo; si es que había acierto en el procedimiento. Un riesgo que ninguno querríamos correr, tan indecisos somos...

—Pero a él también le interesa no perder tiempo. *El tiempo que se aleja de nosotros y del triunfo*.

—Nadie creería en un viaje tan extraño, tan de repente.

No imaginamos la sensación de la noticia en un ser indefenso, alejado de todo, con el amor a cuestas. *Pensamos lo más fácil de pensar; en verdad, lo impensable*.

Somos el grupo de los hoy marginados de su afecto, cuando está en otro asunto. Somos el círculo de los desplazados del recuerdo.

El tiempo no es materia que se preste a estas discusiones. Él necesita el tiempo más que nadie. Nosotros no quisiéramos su avance, que nos descubra en esta indefensión. Pero, a pesar de todo, estamos más cerca del secreto. El tiempo y el espacio juegan roles distintos.

Hemos hecho un castillo con nosotros proclive al hundimiento, poco dado a sufrir.

—No llegamos a ninguna decisión...

—Es verdad. *Qué mierdas somos.*

Alguien que presume de conocerlo afirma, duda más bien... que se derrumbe, que no se lance hacia delante. Eso sería un motivo más, si él es así, para acelerar la lucha; no aguardar a que haya más defensa posible. Somos nosotros los llamados a dar la alarma. ¿Qué puede retenernos?, ¿qué temores?

Tenemos, sin embargo, pruebas de las heridas marcadas en la débil armadura del grupo. Habíamos venido al combate con alegría absurda y este primer revés ha afectado a la amistad común y a la seguridad en las respuestas.

—Es posible que no se haya ido todavía.

—Creo que sí. Me apostaría algo. *Amigos fáciles del éxito.*

¡Y este viaje qué es! Un drama aleatorio que nos ahoga. Estamos obligados a la espera y tememos la llegada. Si no hubiera partido todavía, cómo sorprenderíamos a todos con la respuesta rápida. Castillos en el aire, como siempre.

Pero quién dará el paso... Ansiamos que esté ya lejos; retrasar, tal vez por un instante, el reencuentro.

Si somos timoratos, estamos descubriendo sus flancos..., y los nuestros, a pesar de hablar tanto..., o quizá por eso.

Es preciso que vayamos directos al problema. ¿Por qué estos agobios y estos miedos? Va a resultar difícil convencerle de que hemos andado a toda prisa. Como, por otra parte, no seríamos capaces de decidir nosotros —ni tenemos los títulos para hacerlo—, el tiempo nos va comiendo el espacio. Sufrimos el eterno dilema.

Es posible que esté aún en la ciudad... Deberíamos ir hasta su casa con la decisión firme.



—Yo voy a su casa.

La voz ha cortado el aire sangrientamente, como él lo hubiera hecho. *Y no es el predilecto el que aquí ha hablado.* Ya es cuestión de segundos. Le miramos calzarse los zapatos (abandonados a lo largo de la noche de desvelo), recoger un paquete de tabaco de los que pueblan la mesa baja, enderezar la figura desde el incómodo sofá, recurrir al aliento colectivo con una ráfaga circular de la mirada, abrir una... y otra puertas e iniciar el descenso acelerado, con la energía (física y mental) disponible.

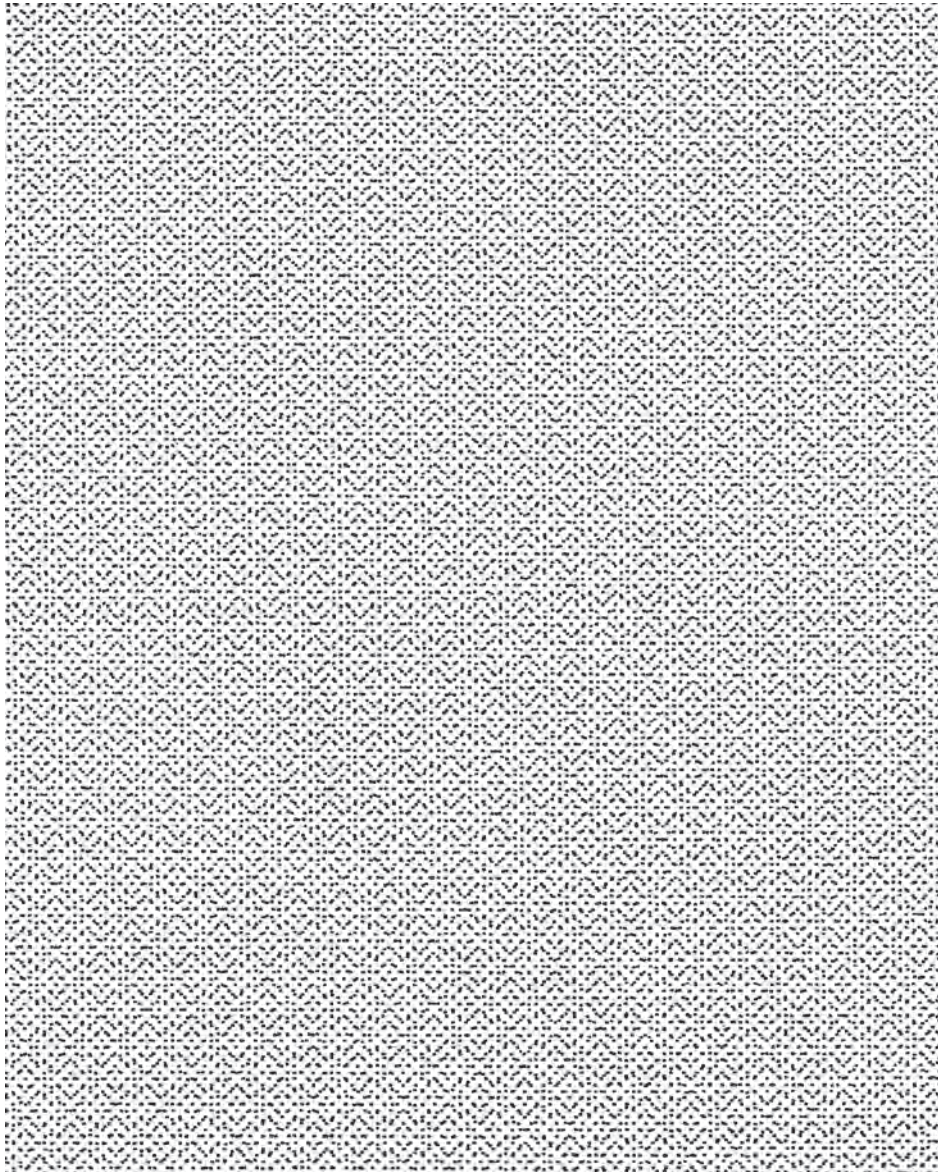
Ya en esta situación, rebuscando interiormente razones que avalen la conducta, el grupo acuerda aceleradamente descolgar el teléfono hasta que vuelva el ausente, solo o acompañado. Nos hemos equipado con escudo de repuesto.

—No podemos hacer eso... ¿Y si quieren llamarnos ellos mismos desde la casa?

¡Y qué más da! Seguimos en el sitio porque no hemos querido descuidarnos. *Una ficción este desplazamiento*. De no irnos todos, no irse nadie.

Otra deriva de la inteligencia cuando decimos que nos ponemos de su parte.

Cada uno en un lugar; cada dos en un código. Pero nada más que eso. Éramos cuatro, y ahora somos tres.

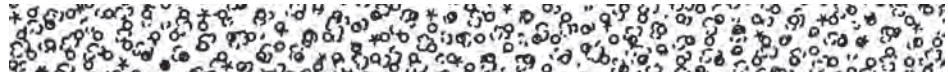


II

El suave roce de la piel inmóvil cuyos movimientos conocemos: la forma desvalida y calculada de colocar los cuerpos en el sueño, a la espera del día. La consciencia irreflexiva con que se acopla, en la mañana, la pareja. *Hora plena de luz, según parece. Y de ruidos del mundo*, el nuestro de siempre, pero no de ahora, aquí. El calor del lugar que ofrece las condiciones para el amor. La transformación de la vida en los compases de nuestros brazos y de nuestras piernas, de nuestra anatomía. *Esperaré a que se despierte.*

Aún duerme. Pendientes siempre de cosas nuestras y extrañas: el trabajo y el mimo hacia el amante.

Nos preocupa ese lugar curioso en el que ocurren cosas que no nos interesan, pero que nos reducen el terreno que el amor necesita. *La contumacia de la cultura.*



Se concentra el sentido. Nos despejamos imprecisamente, teniendo todavía la embriaguez del champagne de medianoche. Se prolonga el tiempo de la caricia estática; se aguarda el momento del reconocimiento común, el tacto selectivo que retardamos perezosamente.

Es como el rumor de la vida esta respiración. Nos avvicinamos al contacto sugerente de las caderas y de la mano primera que rompa la quietud.

Querría volverme para comprobar cómo es su imagen a media luz. Pero no sólo esta ilusión nos atenaza; alejados motivos solicitan también nuestro recuerdo.

Los cuerpos no son el refugio de las almas, sino las almas mismas, puestas a confesar sus intenciones. Hay ahora un miembro cadencioso que repite el gesto del despertar, dando evidencia de que el proceso recomienza en el punto dejado, sin otro requisito que el acto voluntario del amante. Es preciso que respondamos con la misma dulzura, que integremos la vigilia que se inicia en la dejadez del sueño.

—Buenos días.

Somos tan extraños en este lugar, con estas propiedades de nuestros organismos aún por descubrir.. Aún sin conocer la actitud del otro ante el peligro, ante los celos; sin poder garantizar el éxito de una caricia. Sin poder prever el efecto de nuestra historia pasada, ni el sabor ni el olor del flujo vaginal.

Temores por la libertad en peligro. *Paseándose por el borde.* Desciframos los modos de asegurarse la firme permanencia de lo nuevo.

—¿Qué tal has dormido?

—iHumm!

Una muñeca presionada lentamente ha ido cortando el riego de la sangre hacia la mano que gesticula ahora, con torpeza, sobre el embozo. Otra mano, tan distinta, que acude en su ayuda... y el giro necesario que ajusta nuestros cuerpos.

—¿Y tú?

—Ideal.

Vamos reconociendo la manera en que los seres aproximan las presiones; vamos sintiendo la aceleración de la pendiente y el misterioso silencio de las sábanas, que se convierte en estrépito al calor del deseo.

—Seguro que ni siquiera has soñado conmigo. *Estar dentro de ti hasta en el sueño.*

—He soñado con esto.

La emoción agarrada a la garganta que acompaña al súbito acoso de la palabra y de la emoción misma. Y la respuesta del susurro y del ofrecimiento: *Te doy, por este día, permiso para violar cuantos pudores quieras.* Un paso más y estaremos mezclados con la vida.

El paulatino enredo de nuestros cuerpos en su papel respectivo de dejarse atacar y de ser perentorios.

—Amor. *No supe que cuando me decías "amor" era que me amabas.*

Nos asusta pensar si hemos podido no ya satisfacer, sino desarbolar los cálculos del otro. *Yo siempre lo hice bien.*

—Tengo hambre.

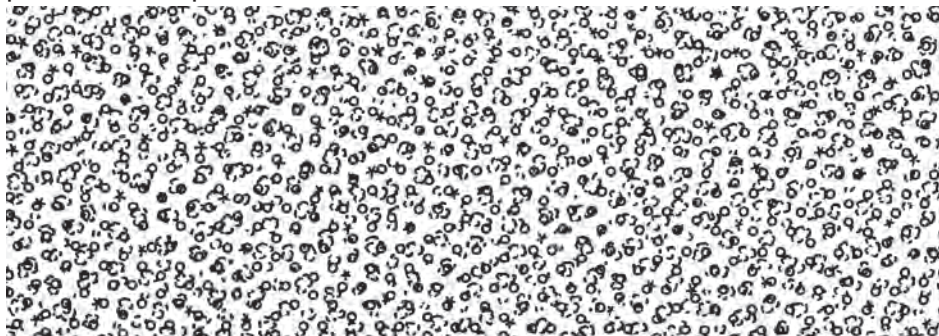
—A mí me pasa igual.

—Físicos, al fin.

Mientras desayunamos, vamos clasificando este cuarto de hotel color salmón, intentando justificar con sus dotaciones el coste de su alquiler. A la vez, pretendemos analizar de qué manera las bandejas del desayuno representan un valor correspondiente a su precio...

Tareas secundarias las de comer y tasar mientras la mitad superior de nuestros cuerpos, descubierta, significa el adorno de la estancia y sustituye al objeto del apetito.

Golosinas humanas no pagables en oro; pretendido alimento de los enamorados. *Pan y cebolla; frutos del cuerpo.* Y comemos las cosas que es preciso comer para estar vivos.

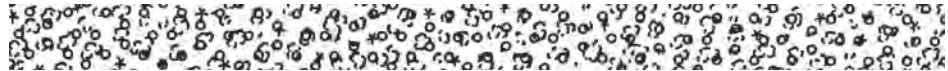


II

Aún duerme. La memoria, que no está pronta a abandonar los desvelos: los aledaños del trabajo y, por esta razón, damos de lado al mimo del amante, incapaces de hacer dos cosas a la vez.

Está inmóvil la piel en esta hora; sólo es un músculo olvidado el que nos da los datos requeridos para acoplar los cuerpos en el sueño. Hora de la mañana en cuyos ruidos, provenientes del mundo, reconocemos ser, irreflexivamente, los de siempre. El lugar que nos ofrece el calor suficiente para el amor. *Alguno de nosotros ha de ser el primero en remover el volcán de los brazos y las piernas.* Esperaremos hasta el momento justo en que la luz de fuera nos invada.

Hemos partido de un instante raro, cuando la importancia de un suceso lejano nos reduce el ahínco en el presente, nos inclina hacia las realidades de otro sitio.



El plan de la mañana, inexistente aún, tiene el encanto de que hay que proponerse cómo hacerlo. Situación en la que la disponibilidad es tan fecunda que nos dan ganas de llamarla libertad. Es necesario planear el plan.

Servirse del alentar del compañero para rememorar la noche, después de saludar al día, apetecible oferta que usaremos. *Irse lejos.*

No renovemos la experiencia tan deprisa; no tentemos al azar, por el momento. Asimilemos la circunstancia de este placer del cuerpo cauteloso del amante que respeta nuestro supuesto sueño. Establezcamos un orden según necesidades de diario: lavado, desayuno...

—Buenos días. *La voz en la garganta detenida.*

—Hola.

—Buenos días.

—Hola.

Repetir el saludo es un acierto. El momento que iniciamos parece sugerir que no ha pasado el tiempo desde anoche, en el bar donde tomamos el champagne y nos sentimos unidos en el estruendo, como ahora lo estamos en el silencio.

Los posibles desvíos de la atención hacia ajenos lugares no debemos callarlos con esfuerzo.

—¡Qué bien he dormido!

—El alcohol sigue siendo un remedio infalible.

La sensación de que se ha cumplido un ciclo. El comienzo del siguiente y sus expectativas de novedad. La mañana que empezamos a la usanza de los días monótonos... para hacer una jornada diferente.

Se levanta mi amante. Sólo veo el perfil de su cuerpo.

Me levanto y me dejo ver en silueta por mi amante. Abriremos las cortinas, sin embargo. Para convivir con la luz y con la imagen nítida del día nuevo y nuestros cuerpos nuevos, emergidos al aire sin rebozo, con un deleite casi estructural.

Prolonguemos los paseos habituales de las primeras horas con este desenfreno de la belleza.

Ir y venir sobre el acolchado y maravillarse con el repentino borbotón del grifo, visto y oído, presagio consecuente del amor de la pareja nueva.

Todas las cosas que ignoro de ti. Acudimos a la convocatoria con serenidad, estableciendo ya los moldes de un rito por cumplir, en silencio paciente, como de antiguos amantes.

—¿Estás bien?

—Sí.

El gesto concluyente del mutismo: las bocas que se unen dificultosamente. Un crecimiento del chapoteo que desborda; una aproximación insoportable... y un ahogarnos.

—Aún no he tenido tiempo de estar sin ti.

—Aún no nos conocemos.

Nos sentimos inconscientes, seguros, felices (si es así la felicidad). Consentimos en el placer. Somos iguales en cuerpo y alma (si es que son diferentes). Una sola cosa en estos momentos de coincidencia.

—Desayunamos en la calle, ¡eh!

—De acuerdo.

Y también aquí, el desayuno ritual de la gente feliz, caliente y oloroso. El sol que está presente y nuestra manera de comer y entrecruzar las piernas en la mañana.

—Eres terrible comiendo... y haciendo el amor.

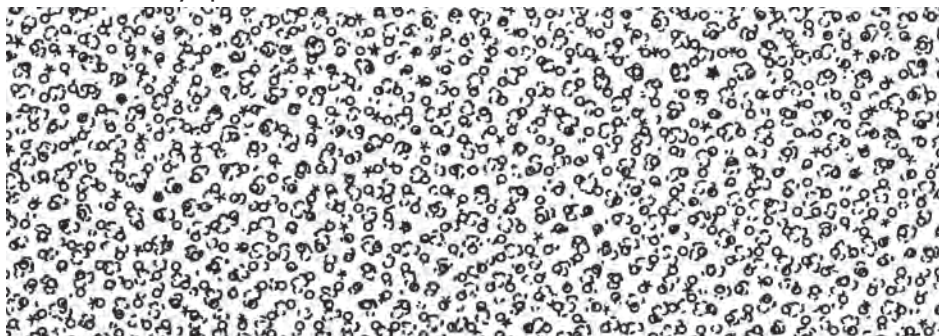
—¿Terrible?

—Sí. Y sublime. *Ni compararte puedo, como salida fácil de mi sorpresa.*

Apretamos los puños bajo la mesa, juramentándonos en el éxito.

—¡Bueno, hay que hacer el amor para comer!

La gente pasa y desconoce que nos queremos desde hace dos, tres, cuatro días... y que se ha hundido el mundo.



III

El teléfono es un ser con aliento. Todos esperamos que hable o que rija: que actúe. Lo miramos como si tuviera ojos para vernos; lo escuchamos aunque no ha producido ningún sonido. Es un material vivo que nos llenará de espanto con su grito.

Seguimos esperando con la imaginación puesta en las cosas que suceden muy lejos. *Huiríamos si fuéramos capaces*. Irnos a algún lugar del mundo donde nadie nos busque, aunque luego...



—¡Ahora!

Habíamos tomado el acuerdo de quién respondería. Algo así como la elección de un candidato al asesinato, tal vez. *Siempre a la defensiva*.

A lo mejor, sólo razones sentimentales que nos han ido retrayendo uno por uno. Y también, motivos profesionales que servían por sí mismos de selección. Una especial tendencia melodramática arrojaba el murmullo o la voz en la mañana intempestiva, somnolienta. Una curiosa vocación de hermano que nos inclinaba del lado del confidente, esperando, a la vez, el abrazo junto al reproche ajeno.

—¿Dónde estás?

Pregunta natural; introducción a cualquier tema. Suponemos que las siguientes palabras tendrán el mismo aire: la busca de coraje por el que habla; la elección, finalmente repentina, de la estrategia.

—¿Qué tal te... u os va?

Un dato más de la persona conveniente.

—Sí; ya sé que soy un gramático... No. Gramático...

La otra palabra era igualmente adecuada. ¿Por dónde entraría ahora la conversación? ¿Aprovecharía la fácil oportunidad de sugerir que también así era la situación? Así, como a nosotros nos parecía. Nosotros, en una misma medida conjunción de voluntades y pasivos ejecutores. En realidad, esperábamos tan sólo el conocer la ruta para lanzarnos por ella sin remilgos. Ésa era la estructura de nuestro grupo. *A caballo entre la confianza irreflexiva y el trabajo responsable*.

—Pues regular nada más, ¿sabes?... Sí; sobre todo, eso: la comisión... No; digo la comisión porque parece que los otros no deciden demasiado... Son acompañantes.

¿Quién nos habrá enseñado el lenguaje oportuno?

Nada serio todavía; si acaso, la palabra <deciden>. Pero, teniendo en cuenta que se trata de una decisión, no hay otro modo de llamarla. Él únicamente hará preguntas, ahora. Después, las haremos nosotros y él tendrá que inventarse las respuestas. Inventar. Por nuestra parte, sólo reproducimos las ficciones, hasta el momento.

—Sí, en la cuestión del planteamiento... Sí...

Esto ya es otra cosa: <planteamiento> es la cuestión. Las mezquinas ideas que abotargan las mentes pretenciosas, necesitadas como están de llenar su volumen restringido; su capacidad, según debe decirse. —Tal vez no... Por el momento, no se sabe... Sí... Sí... Es el tema de la distribución... Sí... Hombre, puede que no sea... Sí, claro; sea como sea, ésa es la cuestión...

Un nuevo otorgamiento que no todos nosotros firmaríamos. Pasos que vamos dando en contra del sentido de equipo que queremos.

—Todos... Bueno, sí, nosotros cuatro... No, no. No hay posibilidad de que ocurra... Ellos también... Bueno, tú ya sabes que ellos tienen una obsesión con el espacio... y en eso es donde han apoyado las quejas... Sí, ya lo sabemos... Una especie de... Sí... No, no. Desde el principio... Decían que era necesario reconvertir el espacio. Imagina qué idea: reconvertir; seguro que es de algún libro... Y luego, que no bastaba con la concepción adoptada... porque el proyecto es más ambicioso..., ideológicamente hablando... Sí, sí, tal como lo oyes...

Entrevemos su expresión. Nos esforzamos temerosamente por adivinar su cerebro en arrancada y toda su situación. Puede que en el minúsculo y recargado ámbito de una cabina urbana..., en un bar ruidoso..., en la cama, junto a la chica, tan enigmática para nosotros. En el misterio de los amantes, que todos conocemos, pero que nunca imaginamos. *También nuestros amores.*

—Más tarde, pasamos al despacho y estaba allí toda la plana mayor, los asesores de no sé qué y los expertos en no sé cuánto; creo que hasta gente que no tenía nada que decir en este asunto. Vamos, todo un montaje... Realmente, se limitaron a decir que, de acuerdo con la comisión, encontraban ciertas dificultades en la asimilación del proyecto a su idea previa. Entonces yo les pregunté cuál era su idea previa. Y ellos dijeron: "¿Pero no lo saben ustedes?". Y yo les dije: "Según lo que dicen ahora, parece que no". Entonces ellos dijeron que no entendían lo que quería decir. Y yo les dije: "Quiero decir que han cambiado de idea; y lo que no sabemos es cuál será ahora; pero la de antes sí que la sabemos"... Fue bastante fuerte, ¿sabes?... Tengo la sensación de que les molestó un poco que no fueras; porque ellos estaban todos, ya te he dicho.

Se acaba la historia. Nosotros sí que hubiéramos precisado esa presencia para perder el aire de desvalidos. Nos sabíamos bien la lección, conocíamos el tema sin una falla, nada pudieron demostrar en contra del proyecto, pero nos faltó un golpe de energía. En la medida en que le reprochamos que se marchara, nos reprochará él no ser capaces de decidir en el momento oportuno.

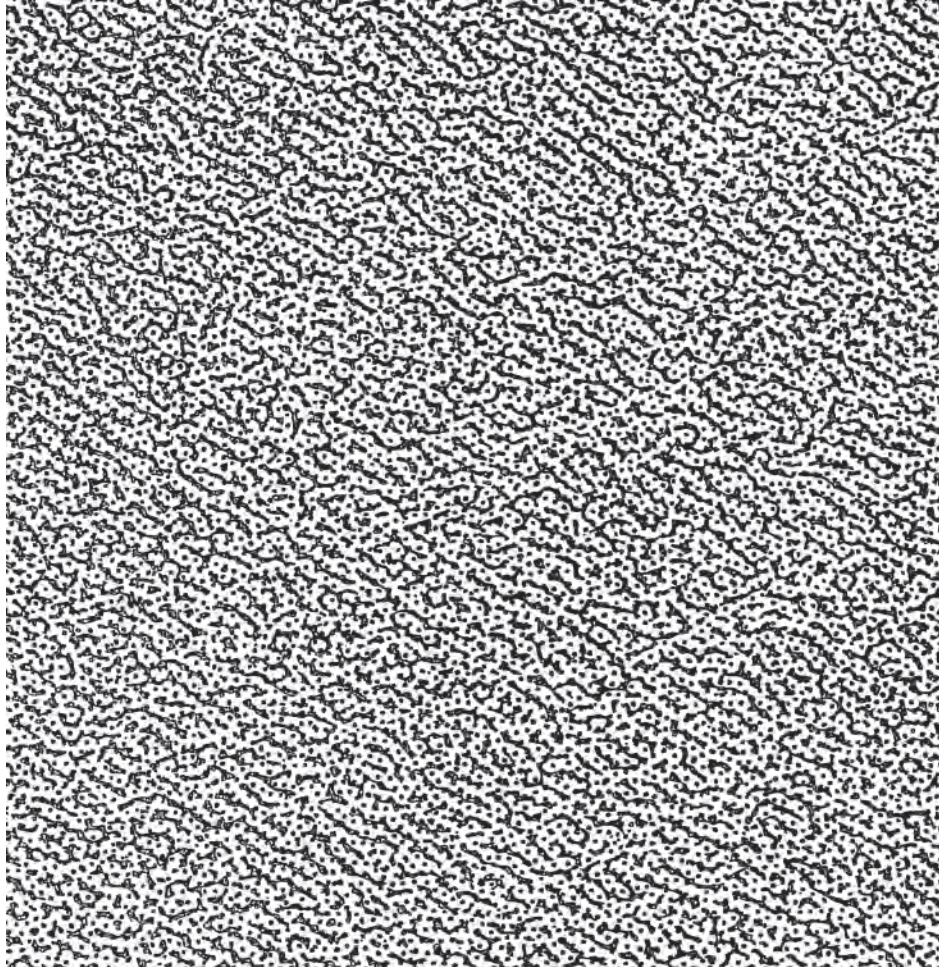
—Ellos tampoco pidieron una respuesta. No era posible, desde luego. ¡Cambie usted toda la estructura sobre la marcha!... Nos dieron una ampliación del plazo... Sí, sí, sin pedirla nosotros...

¿Por qué esa perentoriedad en salir de viaje... o en desaparecer? Un día más no tenía mayor trascendencia. *Es la locura que le acosa en ciertas circunstancias.* Una aparente necesidad de hacerlo todo rápido, si no definitivo. Pero, sin embargo, tampoco podemos asegurar que sea así. A veces, no; a veces los problemas se meditan mucho; retrasamos voluntariamente la decisión para dar cabida a alguna idea nueva, a algún cambio beneficioso.

—¿Qué hacemos?

Lógicamente, su respuesta ha de estar en alguna de esas dos tendencias: vendrá a defender nuestra posición o meditará un nuevo enfoque que sea rotundo e indiscutible. *Ordeno y mando, en pocas palabras.*

—¿Nada?... ¿Que no se pierde tanto? Se pierde todo; nada más que eso... No lo entiendo... De acuerdo: tú llamas luego... Aun en ese caso... No te descuides... Estamos esperando... Adiós.



III

El teléfono es un ser con aliento. Todos esperamos que suene: que actúe. Tanto tiempo de anhelo, imaginando cosas que suceden tan lejos... Nos iremos después de esta aventura a algún lugar del mundo donde nadie nos busque. *No queremos huir. No sabríamos hacerlo.*

Lo miramos como si tuviera ojos para vernos. Es un elemento viviente que nos causará espanto con su futuro ruido; con su futura vibración, *que es más bonito.*



¡Ahora!

Nadie se acelera. Sabemos cuál de nosotros, en conciencia, debe responder. Si esto fuera una organización empresarial, sería el vicepresidente o secretario general. Son razones que todos aceptamos porque responden a nuestra realidad humana y técnica.

—¿Qué tal?... Estamos en el estudio... Todos...

Las salidas para la situación que habíamos buscado son apropiadas, a la luz de la voluntad de acuerdo y raciocinio. Una noche de voces crispadas y de lápices raudos, trazadores de líneas y de cifras. Los vaivenes de esa lógica directa que sólo los afanes destructivos pueden discutir.

—Mira, la verdad es que había que reformar tanto, que hemos decidido no reformar nada...

Sí; era la prueba de nuestro acierto inicial. Unas opciones que no varían en nada la propuesta. Líneas que se desplazan unos milímetros o proporciones que invierten su sentido.

—¡Vaya! Les ha parecido inadecuado, en general. O en total, si quieres... En ningún momento han expresado con claridad las razones en las que se basaban... En una ocasión han dicho que ellos se habían imaginado una amplitud mayor en relación a la zona libre... Como es natural, les hemos contestado que no se trata de salir del paso... (*Aunque ahora lo haríamos con tal de mantenernos imbatidos*), sino de posibilitar la utilización...

Nuevo lenguaje, gastado velozmente a base de insistencia y de pobreza. *Lo usamos para todo; somos como el lenguaje mismo.*

—Más bien nos inclinamos a creer que una maniobra... para dar entrada a otro proyecto... Tenemos sospechas (nada concreto, desde luego) de un equipo de fuera. Pero no sabemos más. Esto lo hemos supuesto después de estar aquí... por algo que escuchamos de pasada... ¿Tú qué piensas?... No, claro, eso es lo de menos... Ya te digo que hemos ensayado opciones diferentes, pero muy relativas...

Emitimos consejos inaudibles en los que se concentra, al menos, el deseo de triunfo en la dirección firme, pero única también, que hemos fabricado.

—Una de ellas, tu idea de desviar hacia el exterior el volumen central del espacio comunitario... También se ha mirado la posibilidad de agrupar verticalmente las cajas y conductos... Evidentemente... Y ellos insistían en lo del espacio; pero nosotros creemos que no han entendido ni lo que quieren decir con esas cosas.

Lo mejor es no ocultar nada; están en juego muchos intereses. Miramos al teléfono como a un testigo del crimen; fumamos sin control y bebemos sin ganas: permanecemos inmunes a cualquier intoxicación. *Menos a la del trabajo.* Tres hombres y una mujer, jóvenes o aún jóvenes, que pertenecemos a un compromiso, que compartimos una creencia. *Añadiendo el agobio de la duda.*

—Puestos así, lo mejor es que vengas... Nos parece que es necesario, si tú vas a plantear una reconsideración inmediata... Aunque ya te digo que durante esta noche se han decantado cosas... Hay una clara inclinación entre nosotros a pensar que no es oportuno desviar la orientación...

Aun sin saber lo que él dice, no me extrañaría una insistencia que puede resultar tozuda... Lo que podemos oír desde este lado.

—Por eso te digo que ellos están más indefensos que nosotros; su argumentación es demasiado abstracta...

Hemos establecido que la actitud frente a la vida y el trabajo es una ideología que se antepone a la técnica laboral y a los comportamientos. Practicamos un concepto de comunidad que afectaría a las bases del sobrejuego humano: no es posible admitir el cambio de un proyecto por móviles extraños a la razón de convivencia. Palabras que retuercen su sentido, miradas a los ojos que no significan otra cosa que la lenta integración en la batalla.

—Está bien. Vamos a preparar un esquema comparado de las cuatro opciones que hemos estudiado esta noche... No. Nada cambia en lo tocante a la distribución de funciones... Sí, sí... Por supuesto... Dormiremos por turnos; no te preocupes... Sí; sólo el esquema...

Dormir, en esta situación, es algo incierto que ninguno de atreva a concretar. Un sofá —que ya posee una dueña de antemano— y una abundante alfombra, óptima para hacer, como otras veces, un triple plegamiento que es una cama rígida, pero próxima. *Aunque, durmiendo por turno, no sería necesario recurrir a la alfombra. Veremos.* Macabras componendas que imaginan los técnicos.

El perenne café, que se ha estirado insistentemente, no es útil ya para acondicionar las mentes embotadas, la imaginación monótona y una ambigua torpeza de los músculos. Las mesas de trabajo, alineadas en la sala contigua, ejercen, sin embargo, una atracción perenne. Con frecuencia, alguno de nosotros plantea en una de ellas ideas imprecisas o refuerza los trazos de algún plan selectivo.

La poderosa luz de las ventanas obliga a refugiarse al somnoliento y los ruidos del día nos dan conciencia del desfase del sueño.

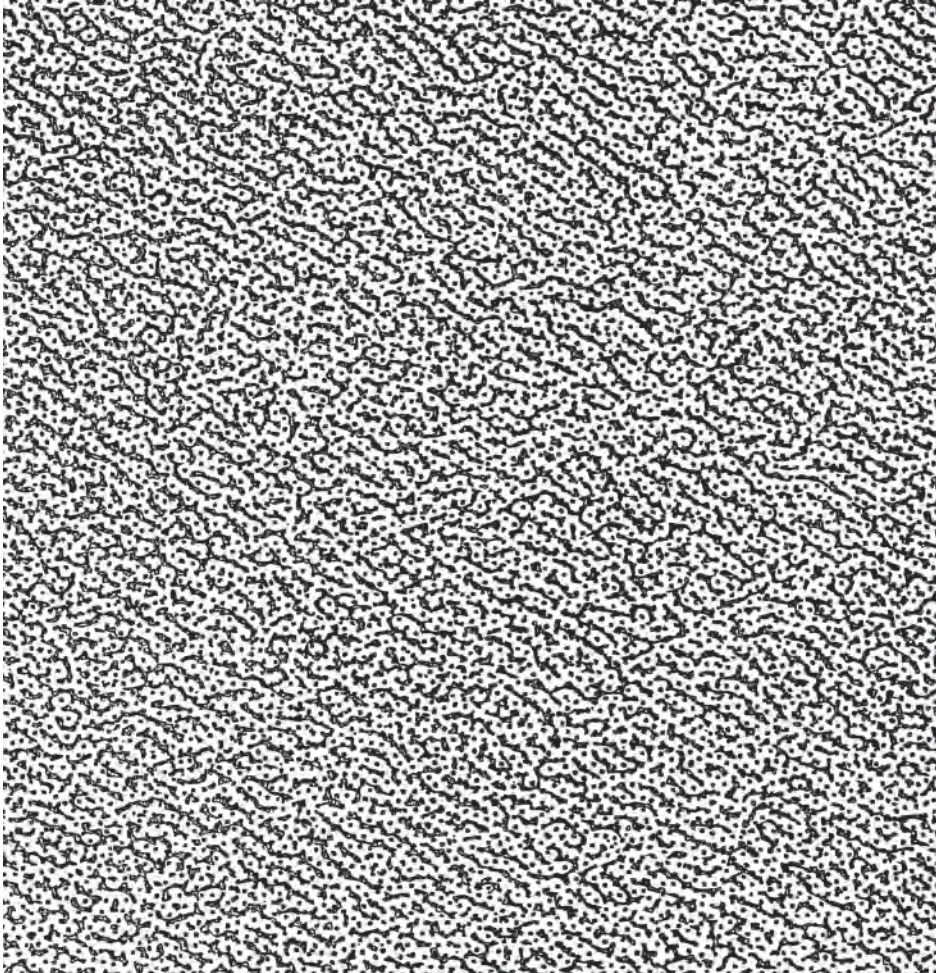
—Dime... Un plan demasiado costoso de realización, si se compara con el anterior, pero que es más restringido en el aspecto expresivo... Por supuesto... Bien, nos dedicaremos a éste en primer término. Luego concretaremos los demás, si nos da tiempo... Desde luego.

Es algo que está en la mente de todos. El estímulo de su próximo regreso y los problemas que nos acarrearía el fracaso son acicate suficiente para ponernos en marcha. Alguien rechaza la propuesta de bajar a la calle a por un desayuno tardío, pero acepta ese mismo desayuno servido a domicilio por los demás. Es la costumbre.

—Todo está entendido. Te esperamos... No, no habrá problemas por ese motivo... Sí; es una cosa bien fácil de entender... Hasta luego... Adiós... Sí. Ahora vamos a desayunar, imagino... Claro que tenemos hambre...

Somos una comitiva cuando andamos... y cuando pensamos.

—Te repito que no te preocupes. Ya te lo he dicho antes: esto va a funcionar... ¡Claro!... Adiós. Adiós.



IV

Hemos esperado al día como si él pudiera resolver la sinrazón del mundo que, desde fuera, nos bloquea el camino de la sensatez. *He imaginado que todo era bello*. Olvidamos, para esta circunstancia, el ardor de la espera que, muy en secreto, nos está destruyendo la presunta armonía.

Una vez más, con la ceguera de la felicidad. Como somos dos, deberíamos poner todas las cosas que nos rodean, todas, conformes entre sí y con nosotros. Si tanto nos importa la felicidad, éste sería el momento de amarrarla.

—¿Por qué estamos juntos otra vez?

—¿Otra vez? Es la primera. ¡Si antes no nos habíamos conocido!

Explicaríamos a cada quien su manera de ver la realidad y no serviría de nada.

Estas palabras, u otras cualesquiera que digamos, sujetan al mundo donde la gente se esfuerza por llegar a metas cada vez más lejanas.

—Otra vez; como los otros. ¿Por qué somos una pareja más?

—No lo entiendo.



Una puerta cerrada que se abre a una tentación mutua y consentida. Y otras dos puertas, de armarios, a uno y otro lado de la primera, cuyos resbalones e imanes, sonoros, dan testimonio de la actividad aneja. Las dos personas que las accionamos, con la mente cada una en la otra, componiendo la figura para la aparición inmediata. *Alevosía del secreto*. Dos espejos, de finalidad distinta (también a uno y otro lado de la puerta), ante los que disfrutar la contemplación del propio cuerpo y aderezar la imagen para el reencuentro, silencioso de puro íntimo, en el que afirmaremos la identificación de estos momentos, al repetir mentalmente el encuentro primero...; ahora, mientras caminamos indefectiblemente hacia la cama de nuevo.

—Pensaba en cuando nos vimos.

Pensamientos a dúo. *Todavía sin la indolencia del futuro*.

—Yo también. ¿Cómo es posible?

—Me parece natural. Estábamos viéndonos y no sabía nadie lo que iba a ocurrir... No se diferencia tanto de aquella otra ocasión.

Un regreso a la actualidad: la dichosa llamada de teléfono. *No siento curiosidad por saber de su trabajo*. Vagas imágenes que las palabras van construyendo. Edificios de hipótesis sobre cuya verdad nadie se hace preguntas. Conocerlos o no; es un simple factor entre nosotros que no varía apenas. Suposiciones atinadas o erróneas que se van fabricando y que la realidad destruye sin dolor, generalmente.

—¿Qué ha pasado?... ¿En qué sentido?... ¿Por qué?... ¡No me digas!...

La postura que se va haciendo incómoda sobre la cama. Un insensato escorzo que dificulta el habla y distancia la escucha. Nuestras bocas en oficios distintos del debido. Un desnudarse lento, inesperado.

—¡No me digas que han dicho eso!... ¿Y vosotros?... Pero eso no tiene sentido...

La escena que, allá lejos, cuatro personas diferentes no pueden imaginar. El secreto de la relación amorosa que ellos suponen más liviana, menos comprometida. Aquí, de esta manera impropia, descubrimos que nos queremos desde hace algunas horas. ¡Extraño oficio!; todo oficio es extraño, finalmente.

Una creencia súbita. Cúmulos de palabras que han ido sepultando la realidad, es muy posible. El sexo es un método de encuentro..., y de engaño también. El empeño con que nos enamoramos cada cierto tiempo... Casi siempre a destiempo.

—Es una reacción absurda... Eso no es razón que justifique nada... ¿Les habéis hecho ver que no se puede, según lo que ellos pedían?...

Unas dificultades ya compartidas, como entre seres de antiguas relaciones. ¿Seremos siempre igual?

La confianza que nos comunica, la reciente pasión que nos enzarza una vez más, el afán por arrojar el teléfono y volver a lo nuestro, sólo aquí. *Una cerrazón mágica y audaz.*

—Bueno... Te advierto que yo no pienso volver antes de lo previsto... Hay cosas peores, yo creo... ¿Cómo? Ah, sí, y mejores también... No les vendrán mal unos días de suspense... Vosotros seguid pensando, pero sin agobios... Estoy seguro de que se intranquilizan... Nada, nada; no pasa nada... ¡Ojalá que lo hagan! Se darían cuenta de lo equivocados que andan... Mira, no me pierdo este viaje por nada... ¡Claro, hombre, claro!... A la vuelta, todo en marcha otra vez... No lo dudéis ni un momento... Adiós... ¡Ah, no os deprimáis!... Adiós.

Dos cuerpos que están demostrando la belleza. Antiguo menester que ahora repetimos, alejando sospechas a base de caricias. *Quisiera compartir cosas que es imposible..., y creermos los sueños que ahora tengo.*

A distancia del riesgo, manteniendo a la vez dos compromisos. Haremos el presente cercano a la delicia.

—Tened paciencia... y confianza... Ya sabéis cuándo, ya lo sabéis... Adiós.

He jugado fuerte. Como debe ser. Nos espera el sol y la hermosura del día.



IV

Habíamos creído que el nuevo día podía resolver la sinrazón del mundo; ése mismo que nos intercepta el camino de la sensatez. *Por un poco, he imaginado que todo era bello.* El ardor de la espera en que nos encontramos nos está destrozando la posible armonía.

Una vez más, con la ceguera de la felicidad; como si fuera el pan de cada día. Siendo dos, deberíamos fijar todas las cosas que nos rodean. Si tanto nos interesa la felicidad, éste sería el momento de no dejarla ir. —¿Por qué estamos juntos otra vez?

—¿Otra vez? ¿Qué quieres decir? Si no ha habido otra; ésta es la primera. No serviría para nada que hiciéramos esfuerzos por explicar a dúo la realidad.

Estas palabras, y las demás que diga, si son como éstas, aprisionan a un mundo en el que hay gente esforzada que combate por metas cada vez más lejanas, como este amor nuestro.

—Otra vez, si contamos a los demás..., las veces que han estado juntos ellos. ¿Por qué somos una pareja más?

—No te entiendo.



Tantas personas que han adoptado la vida como una moda: la de estar vivo. Tantas calles que son el espectáculo de esa vida circunstancial. Tanta costumbre de conllorar y condolerse en la común infelicidad, en el común absurdo. Hoy hemos cortado; creemos que nos va a durar siempre. Conformémonos con ser capaces de hacer un corte semejante alguna vez.

Nuestra obligación puede que no vaya más allá de la vigilia sobresaltada. Este cruzar la calzada entre la criba de los coches y salir indemne diariamente es la imagen de ello.

Rodeo tu cintura con el ansia de la primera vez. Cercanos como lo estamos ahora.

—Me da miedo estar aquí en el medio. *Sin embargo, iqué placer sentirse en este trance!*

—En el medio no hay que tener miedo.

Me abandono en el pánico urbano; pasatiempo unas veces y temor otras; inconstantes sujetos como somos.

—Busquemos una cabina telefónica.

—Allí; muy cerca.

Un lugar adecuado, un receptáculo. Un reservado de la plaza, tras el árbol con el tronco adosado a la casa lugareña: dos reliquias para nosotros que somos la novedad.

El alto necesario en el camino. El trago de evidencia que debemos digerir cada día para no despistarnos. Una cierta inquietud lejana y turbia,

que avisa del presente, olvidado quizás entre los sueños. Esperamos noticias halagüeñas y vamos hacia ellas con una indefensión que nos anula. —¡Ah, hola!... No pensaba que tú también estuvieras ahí... Todo va bien; aún no ha llegado el empalago...

Una mano arisca que se retira, y un gesto especular, cómico y dulce. Nuestros ojos, desenfocados y enormes, que se miran.

—Y por ahí, ¿qué hay de novedad?... Dime... ¿Hay problemas?... ¿Con relación al proyecto?... ¿A qué parte en concreto?... ¡Así que hay que rehacerlo!... Pero ¿para cuándo?, ¿para la misma fecha?... Pues, ¡qué voy a decir!... ¡Claro que me molesta! Pero, vamos, creo que es fácil callarlos...

Este grupo es una entidad evanescente, inaprensible para los incrédulos. Han desairado el orgullo de clase; han infringido la norma del silencio; han presentado la verdad como si fuera un juego; han venido a decir que no hay salida, aparte de la nuestra. Difícil coyuntura en la monotonía de los despachos.

—¿Cómo ha de ser? ¡Dándoles lo que quieren: martirio!...

No aquí; tan en peligro. Abrimos las caricias uno a uno. Las manos aún libres que aparecen de entre sus cometidos, que se demoran en los botones, que se aturullan en los pliegues del tergal o de la seda; que desempolvan la piel apenas advertida de los pechos.

—Sí. Vamos a renovarlo todo para que todo esté igual y ellos no lo vean. Después, más adelante, dentro de algún tiempo, les explicamos los "sudores" que pasamos... Lo mejor es que hagáis una lista de peticiones... o de disparates... Exacto...

Tenemos la comunión del horizonte. Trabajamos en la misma medida en que vivimos.

A lo mejor, también aquellas gentes, cuyas caras y acciones (familiares o no) están borradas, resulta que no son el modelo ideal que suponemos. *Destello de inquietud que asoma sordamente cuando todo es solaz y mansedumbre.* Vengamos, pues, al punto de contacto con nuestra circunstancia verdadera.

—Y yo voy rápidamente...

No seamos remisos en el sacrificio, como no lo somos en el placer. Son largas horas de coche en las que ha de aparecer algún descanso, alguna forma de tumulto más gozoso. No es, sin embargo, alentador el súbito retroceso de la caricia y la tranquilizadora recomposición del atuendo.

—Sí. A ver si en unos días presentamos el nuevo plan... Hasta pronto.



Dos años después, exactamente, de terminar la novela, mandaría fotocopiar la frase que en otro tiempo no entendía, que había aprendido de memoria de puro bella y sugerente: "¿Por qué tengo miedo yo que no tengo miedo?".

Había cambiado su visión de la vida, había endurecido su estilo de mirar y no se lo creía todo, como antes. A lo mejor quería convertirse en una ejecutiva de mediana monta con algún ordenanza a su servicio a quien encargar fotocopias. Pero más antes, claro; bastante antes de los dos años. ¿Cuál era, pues, la diferencia?

Tenía que meter en su realidad fragmentos de la realidad de fuera; y no más empeñarse en la batalla de la armonía universal de su ser. Por eso, dos años después, exactamente, de terminar la novela, cuando las circunstancias hacían recordar, recordó más de lo debido, es decir, más atrás; y se hizo más autosuficiente, aun queriendo ser más responsable y realista. Porque escribir y andar por el mundo son la misma cosa y nadie se da cuenta de ello, ni siquiera los que escriben o los que van por el mundo.

En un cierto modo, en éste, ya no había, como antes, varias salidas; quiere decirse, aquellas bifurcaciones que hacían las delicias de sus amigos, aquella forma que tenía de dar gato por liebre en todos los sentidos. Los que habían seguido viviendo a la vez, a su misma vez, o no querían enterarse de que la vida era aún tan compleja o tan posible, o no admitían que nadie les amargara los últimos tragos. Ella, por su parte, se propuso desde el primer momento trazar una senda paralela que ya no recordara la antigua. Seguiría siendo la misma, por descontado, pero, una vez acabada la novela, no se conformaría ya con creerse especial. Y eso lo veían también los otros; y lo que antaño era miedo al contagio, hogaño, pasado aquel periodo de silencio y reflexión, se convertiría en miedo a secas.

Es difícil saber si todos tenían miedo; todos, todos. Cuando mandara a fotocopiar la dichosa frase, ese hombre o mujer que ella o él eran daría un salto hacia la realidad. A la gente le encantaba ya entonces, a esas alturas, andar a vueltas con la manida historia de la realidad, del realismo, de lo realista, de lo real, etcétera. Lo que ocurría es que nunca sabría si era lo que pasaba lo que le había hecho recordar aquella frase, aquella cita, literaria seguro, o si, más bien, un desliz de su memoria le había plantado ante los ojos la idea que, una vez conocida, ya no se puede apartar de sí. Como quiera que fuere, se hallaba en contacto con cosas que ahora ya eran su mundo..., que se habían convertido en verdad. No en verdades, porque las odiaba y las ignoraría siempre, pero sí en ejemplares modelos a no imitar.

Se empeñaría ahora, cuando ya sabía que tenía miedo, en conocer algo más. No le hacía ilusión saber: los otros sabían; pero, con el tiempo,